

ó Gatterburg (castillo de los gatos). En 1683 fué este edificio incendiado por los turcos, y el emperador Leopoldo I mandó construir en su lugar otro palacio de verano, cuyos planos trazó el arquitecto Juan Bernardo Fischer. El príncipe heredero, José, celebró en el terreno de aquel palacio fastuosos torneos. Carlos VI le destinó para residencia de la princesa Amalia, durante su viudez. El edificio, compuesto de un solo piso, era demasiado bajo, y los jardines estaban arreglados al estilo francés. María Teresa, en 1744 á 1750, lo convirtió todo en una lujosa residencia de verano, confiando esta misión al arquitecto Pacassi y al maestro de obras Valmagini. En el cuerpo principal del edificio se levantó un nuevo piso; el interior fué ensanchado y se le añadieron dos escaleras independientes. La emperatriz aumentó y hermoseó sus jardines; en 1776 se construyó el obelisco y en 1777 las ruinas romanas. Solo la glorieta es obra de José II. Durante el período crítico de 1741 á 1745, María Teresa buscaba á menudo la soledad de los jardines de Schönbrunn ó se refugiaba á orar en el templo de María en Hietzig. Este nuevo palacio fué muy pronto escena de magníficas fiestas, en él se celebraron las dos bodas de José II, y en 1767 se dió una gran función en honor de los 65 primeros niños que fueron vacunados en Austria. La emperatriz pasaba en aquella residencia el verano y el otoño y aun en los últimos años de su vida se sentaba en el jardín del emperador á la sombra de un árbol, teniendo delante una mesa llena por completo de cartas y documentos. María Teresa profesaba cariño á la residencia de Schönbrunn, y en su testamento dispuso que no se tocara nada en su interior ni en el de los palacios del Laxemburgo y del Belvedere. También había adquirido el palacio de Ketzendorf, antiguamente llamado de Thunhof, que fué reedificado por Pacassi.

Mientras vivió la emperatriz, solía la corte pasar algunas semanas, durante la primavera y el otoño, en Laxemburgo, cuyas posesiones pertenecían á los Habsburgos desde el reinado de Federico III. Desde el sitio de los turcos, Leopoldo II mandó reconstruir el Laxemburgo, que hoy en día lleva el nombre de Palacio antiguo, y que estaba rodeado por un lago sobre el cual se había echado un puente de madera. El edificio, pequeño é incómodo, fué ensanchado y embellecido por María Teresa y Fernando I: la llamada casa azul y las construcciones que cerca de ella se alzaban recibieron nueva forma; se construyeron fuentes, bosquecillos y un teatro. Los ministros y los cortesanos poblaron sus alrededores de palacios y quintas de recreo. El emperador Francisco I, acompañado de gran séquito de cazadores, se entretenía allí á la caza con halcón, que era uno de sus placeres favoritos. María Teresa abandonó despues este placer y, cuando murió su esposo, dejó de ir á Laxemburgo; pero allí residía José II como asociado al trono, el cual reunía á menudo á la sociedad vienesa, obsequiándola con fiestas en los jardines y excursiones campestres.

Francisco Estéban, gran duque de Toscana, desde 1737, y emperador de Alemania desde 1745, era un hombre noble, aunque un tanto ligero, á quien disgustaba en extremo no poder ejercer una influencia decisiva en los negocios de Estado. Desde el año 1739 no volvió á Toscana; rigió el ducado autocráticamente desde Viena; pero en nada modificó las antiguas instituciones políticas de los Médicis, dejando en pie el Senado de los cuarenta y ocho y los doscientos Consejos que representaban al pueblo soberano. Las antiguas familias toscanas no eran muy adictas á la nueva dinastía, y durante la guerra de sucesión, deseaban todavía por gran duque al español Don Felipe, hijo de Isabel Farnesio que, en 1746, había recibido á Parma y Guastala. Los florentinos se quejaban del ministro Richécourt, que tenía en sus ma-

nos toda la autoridad, acusándole de que enviaba á Viena todo el dinero que podía recoger. Los ingresos de Toscana apenas producían un millón de florines y eso que así el gran duque como los ministros hicieron mucho en pro de la cultura material del país (1).

Los consejeros y ministros del gran duque en Viena eran los dos lorenenses Pfütschner y Toussaint. Como emperador, sabía Francisco representar admirablemente su papel; pero no había aportado piedra alguna al edificio del imperio. La importancia del poder imperial hacia tiempo que había decaído: podía conferir cartas de nobleza, conceder privilegios, legitimar hijos naturales; y conceder plazos á los deudores agobiados; pero todas estas facultades iban anejas á su dignidad de príncipe. Como emperador, no tenía ni Estado ni pueblo, ni posesiones ni poder. En Austria, no gozaba de muchas simpatías, especialmente desde la campaña contra los turcos de 1738: en Viena le llamaban el extranjero y decían de él que tenía mas de francés que de alemán y que no profesaba afecto alguno al país. María Teresa, al comenzar su reinado había conseguido, despues de enérgicos esfuerzos, que fuese nombrado co-gobernante. Los húngaros solo le permitieron tomar una parte muy limitada en la administración: antes de ser reconocido, no pudo presentarse en el acto de la coronación al lado de su esposa, de suerte que tuvo que andar por los callejones inmediatos para ver, cual si fuese un forastero, cómo su esposa subía á la colina de la coronación. Y sin embargo, Francisco Estéban no fué como vulgarmente se cree, una sombra de príncipe en el Austria alemana, pues que intervino en todas las cuestiones importantes, tales como las negociaciones con Prusia (1741), la reforma constitucional (1747), la alianza con Francia (1756), y la celebración del tratado de paz (1763). María Teresa le había confiado varias veces el mando supremo del ejército, pero en estos casos mas que un superior parecía un subordinado de los generales que le acompañaban. Sus tendencias políticas disintieron mas de una vez de las del canciller de Estado, Kaunitz, y este disentiendo produjo en algunas conferencias, lamentables escenas. María Teresa sabía entonces apaciguar á los contendientes y Francisco Estéban era por regla general, el que daba el primer paso para la reconciliación. Despues de la guerra de los Siete años, la emperatriz confió á su esposo la dirección de la Hacienda y especialmente la de la Deuda, y en efecto, en aquellos años, llegó el crédito del Estado á tener cierto incremento; pero era demasiado tarde para esta mejora. Francisco Estéban estaba considerado en la corte como un simple particular mas apto para la caza, el juego y las artes que para los asuntos graves de la política. Fué excelente agricultor y amante de la economía y supo aumentar considerablemente el gran patrimonio que había heredado de su tía. En 1755, se calculaba que su caudal ascendía á veinte millones de florines: compró palacios y fincas; mejoró los terrenos; construyó fábricas y estableció yeguas: hermoseó á Schönbrunn y lo completó con un jardín botánico y una colección zoológica; y á él se deben las colecciones de minerales, monedas y medallas que existen en Hofburgo. En su juventud era bello: según el retrato hecho por Pompeyo Battoni, en el cual se le presenta en toda la fuerza varonil, tenía ancha frente, ojos de azul oscuro, labios un tanto abultados, el pelo ligeramente empolvado y el traje á la francesa. Despues adquirió mayor corpulencia y su cara tomó una forma cuadrada. En el seno de su familia, con la cual gustaba pasar largos ratos, era un verdadero patriarca. Un cuadro poco conocido de Nicolás-Abende representa

(1) *Doran, man and manners of the cour of Florence: 1740-1786.* Londres, 1876: dos tomos.

una escena de familia, en la cual se admira la mas dichosa sencillez del hogar. El emperador está pintado en bata y zapatillas, la emperatriz lleva un traje sencillísimo y los niños se entretienen con sus juguetes: «hay que convenir, dice el príncipe Carlos, en que pocos particulares viven con la sencillez que la emperatriz y el emperador.» De este, se contaba que miraba con cierta pasión á las mujeres, especialmente á la joven princesa Guillermina Auersperg: las atenciones que tenía con ella excitaban los celos de María Teresa, la cual, no obstante, siguió tratando á la primera con toda cortesía. Francisco Estéban profesaba gran cariño á los hombres que estaban á su servicio, como el irlandés Ogara, el consejero Pfütschner y el sabio Duval, á quien se había llevado consigo de Lorena. El príncipe Auersperg, el conde Losi, el príncipe Trantson y José Khevenhuller podían jactarse de poseer toda su confianza. El último escribió en su Diario: «El pueblo amaba al emperador por su nobleza, por sus maneras amables y por ser un buen padre de familia: en los primeros años de su reinado, pudo, si hubiera querido, apoderarse de la dirección del Estado, pero por naturaleza era indolente, tardo y vacilante.»

De la familia imperial formaban entonces parte la emperatriz madre, Isabel Cristina (que falleció en 1750), y los hermanos del emperador, el príncipe Carlos y la princesa Carlota de Lorena. Esta última era una mujer alta y flaca, que vivía con gran sencillez y echaba de menos la Lorena: de ella escribía en 1747 un embajador prusiano: «Se aburre mucho en Viena y haría el viaje á pié con tal de poder volver á Lorena,» deseo que manifestó repetidas veces. En 1754 se le concedió la abadía de Remiremont, en los Países Bajos, con una renta de 25,000 florines, pero en 1764 volvió de nuevo á Viena. El príncipe Carlos de Lorena (1712-1780) siendo joven se trasladó á la corte de Carlos VI y se casó en 1742 con María Ana, hermana de María Teresa. María Ana fué nombrada en 1744 regente de los Países Bajos, pero murió en 16 de diciembre del mismo año, mientras su esposo se encontraba en el ejército. Durante la guerra de 1738 contra los turcos, el príncipe Carlos dió pruebas de ser un valiente militar: en 1742 y 1743 obtuvo el mando de Bohemia: el paso del Rhin fué su mas famoso hecho de armas. Pero no poseía el genio militar de su abuelo; no obraba con entera independencia y gozaba de poca confianza en el ejército y en el pueblo: á él se atribuye especialmente la derrota de Leuthen, despues de la cual los ministros consiguieron que fuese destituido, á pesar de que María Teresa quería conservarle en su cargo. El príncipe resignó el mando en 22 de enero de 1758 y pasó de regente á los Países Bajos donde fué muy estimado. Murió poco antes que María Teresa (1780) en el palacio de Terouren.

María Teresa y Francisco I tuvieron diez y seis hijos, cinco varones y once hembras: de los varones, el primero fué despues el emperador José II; el segundo, el archiduque Carlos (1745 á 1761), murió á los diez y seis años; el tercero, el archiduque Leopoldo (1747 á 1792), fué despues gran duque de Toscana y en 1790 emperador de Alemania y regente de Austria; el cuarto, Fernando (1754 á 1806), fué duque de Módena, y el quinto, el archiduque Maximiliano (1756-1801), fué gran maestre alemán y elector de Colonia. De las hembras, la mayor parte murieron durante la niñez; Juana murió cuando contaba doce años y Josefa cuando llegó á los diez y seis: solo dos se quedaron en Austria, María Ana (1738 á 1789) é Isabel (1743 á 1808), de las cuales la primera fué abadesa de Klagenfurt y la segunda de Insbruck. Las otras se casaron en el extranjero. María Teresa era una mujer muy de su casa y excelente madre, y cuidó con gran esmero de la educación de sus hijos é hijas.

Ninguno de estos fué presentado en sociedad sin haber recibido una educación y una instrucción esmeradísimas. Sin embargo, la educación de las jóvenes era un tanto superficial, pues aprendieron muy poco y no siempre siguieron fielmente las enseñanzas de su madre.

La educación é instrucción del joven heredero de la corona fué la mas atendida, pues á ella se dedicó María Teresa con fe y energía, queriendo, ante todo, desenvolver en su heredero un carácter moral y activo que le permitiese dominarse á sí mismo y dominar á los demás. No toleraba en él ningun arrebató y le exigía una obediencia incondicional. José permaneció, hasta la edad de siete años, en manos de mujeres, y despues fué puesto en las del ayo, el mariscal de campo conde Carlos Batthyany. El pequeño José era un niño hermoso, vivo y bondadoso, aun cuando algo indócil, taciturno y tímido. Sus profesores, en su mayor parte hombres rígidos y pedantes, no conseguían despertar la inteligencia y los sentimientos del niño. «Paréceme, escribía Bartenstein en 1754, que en él hay oculto mas de lo que se cree.» Aprendió bien el alemán y el latín, un poco de filosofía, las ciencias jurídico-políticas, y sobre todo la historia moderna, para cuya enseñanza el anciano Bartenstein escribió una obra, tan prolija, según su costumbre, que el sexto tomo trataba de Rodulfo de Habsburgo y el duodécimo no pasaba de Federico III. Otra obra suya comprendía la época desde Maximiliano I hasta Rodulfo II; pero esta era demasiado árida y demasiado aforística. La instrucción del príncipe heredero avanzaba con lentitud suma: Carlos, hermano suyo, tenía mas disposición y aprendía mas. José, despues de una peligrosa enfermedad que le atacó en 1758, cuando contaba diez y seis años, adquirió cada vez mayor independencia; leyó, estudió, se formó por sí mismo su convencimiento y adquirió fuerza y afición al trabajo propio, desarrollándose además en él una austeridad rayana en el estoicismo.

Los extraños le tenían por orgulloso, altanero y duro; pocos eran los que conocían el vuelo ideal de su espíritu y todos los tesoros de amor que cerraba su corazón. No gustaba de las ruidosas fiestas de la corte, prefiriendo á ellas una conversacion en un círculo íntimo. No bailaba, ni jugaba, ni era aficionado á la caza. Cuando contrajo su primer matrimonio tenía veinte años y una belleza, fuerza y salud admirables. Su noble fisonomía, su elevada frente, su bien delineada nariz, su inteligente mirada le captaban al momento las simpatías. Una dama de la corte escribía: «Trata á las mujeres como á estatuas; es frío, sin pasión, y por fuerza ha de contraer una inclinación poderosa.» No fué feliz en su matrimonio, á pesar de que sus padres le casaron muy joven, y con ciertas miras políticas. Su primera esposa fué la princesa Isabel de Parma, hija de Felipe V de Parma que había querido reinar en la Lombardía. Su entrada en Viena (6 de octubre de 1760) fué un verdadero triunfo. Ambos esposos aprendieron á conocerse y á amarse. Isabel contaba entonces diez y nueve años; era morena y tenía un busto precioso: su educación era esmerada; era aficionada á la música y á la política, escribía sobre comercio, historia de costumbres y amistad y acerca de los caracteres de los miembros de la familia imperial. Nunca conoció la alegría, á pesar del amor y ternura que le profesaban su esposo y sus suegros: tenía el presentimiento de una muerte prematura y la deseaba con impaciencia. «Puedo decir, escribía á su cuñada María Cristina, á quien quería entrañablemente, que una voz secreta me anuncia la muerte y este presentimiento de cierta en mi alma un bienestar y una tranquilidad que no acierto á comprender y menos á expresar.» En noviembre de 1763 fué atacada de viruelas y murió en 27 del propio mes en Viena,

dejando solo una hija, María Teresa, que murió en 1770 cuando contaba nueve años. José, con gran pena y solo á instancias de sus padres, consintió en casarse segunda vez. Sentía inclinación hácia la hermana menor de su difunta esposa, pero estaba prometida ya al infante de España; así es que cuando María Teresa y Francisco I se decidieron por la princesa Josefa de Baviera, se resignó y casó con ella en Schönbrunn en 23 de enero de 1764. Pronto se vió que José no podría avenirse con su segunda esposa: esta era buena y afable, pero tenía dos años mas que él, carecía de hermosura, el color de su rostro era desagradable y su figura bastante desgraciada. A excepcion del emperador, que habia hecho el matrimonio, nadie se sentía inclinado hácia ella: José se apartaba de ella y se burlaba de las voces que corrian acerca de su esperada descendencia. La jóven emperatriz murió en 25 de mayo de 1767, víctima tambien de las viruelas. José no volvió á casarse.

María Teresa escribía en 1774: «La poca fama que en el mundo me he conquistado, la debo á la buena eleccion que

he hecho de mis consejeros;» y hubiera podido añadir: «y sé dominar mis inclinaciones personales y rectificar mis juicios cuando mis consejeros me convencen.» El secreto de sus triunfos estaba en la eleccion de sus ministros, que unian á su conocimiento de los negocios el espíritu de iniciativa para las reformas. Al comenzar su reinado, conservó los ministros de Carlos VI, por mas que se sintiese inclinada á renovarlos. Poco á poco murieron los antiguos señores Einzendorf (1742), Starhemberg (1745), Felipe Kinsky (1748) y José Harrach (1764). El sucesor del primero fué el conde Ulefeld (1741): soldado durante su juventud, fué posteriormente consejero áulico, embajador en el Haya; y en 1740 en Constantinopla. Ulefeld era un hombre íntegro, pero pesado y desordenado y no estaba á la altura del puesto en que se encontraba. La emperatriz de buena gana le hubiera destituido; pero estaba sostenido por Bartenstein que gobernaba por él: en 1753, sin embargo, tuvo que abandonar el empleo y fué despues nombrado gran maestro de la corte.

El verdadero canciller de Estado era entonces Juan Cris-

María Teresa

S: Graf von Ulefeld

Jos. Christoph Bartenstein

Facsimile de las firmas de María Teresa, de Ulefeld y de Bartenstein; las firmas originales se hallan al pié de un documento fechado en Viena del 11 de abril de 1744, y dirigido al abad de Fulda avisándole el paso próximo de tropas por su territorio. Este documento se halla en el archivo del gobierno en Berlin.

tóbal baron de Bartenstein (1689-1767), extranjero y convertido, que ya en tiempo de Carlos VI habia adquirido grande influencia (1). Bartenstein, hijo de un profesor y pastor protestante de la comunión de Estrasburgo, se trasladó á Viena en 1744, siendo muy bien acogido por el conde Einzendorf, que le nombró secretario suyo y le inició en los asuntos del Estado. En 1717 fué nombrado consejero del gobierno, en 1726 consejero áulico y en 1727 secretario particular de Estado, y como tal director del protocolo en las conferencias políticas. Como muchos de sus antecesores, adquirió en este cargo gran influencia y un poder tal, que le rendian homenaje los ministros y los príncipes del reino. Carlos VI le queria personalmente y ponía en él gran confianza. Contribuyó al reconocimiento de la Pragmática-sancion y pudo aventurarse á decir al gran duque Francisco Estéban, cuando este vacilaba en abandonar su país hereditario: «Nada de abandono, nada de archiduquesa.» Bartenstein llevaba una vida austera y rígida: era noble en su conducta, y poseía todas las dotes de un astuto cortesano, pues conocía á todas las personas y todos los recursos de la corte. Su actividad era prodigiosa y sus conocimientos muy vastos, especialmente en lo que se refería á las leyes del reino y á las

(1) Foscarini 1736, Erizzo 1738: Relaciones venecianas.—Podewils 1747, Armeth, I, 70-76 Onken, «Época de Federico el Grande» I, 205.

formas de las prácticas alemanas. La nobleza austriaca no le profesaba afecto y el pueblo le insultó despues de la muerte de Carlos VI. Cuando María Teresa subió al trono, fué recomendado Bartenstein por los condes Heberstein y Starhemberg, y él por su parte llegó á captarse la confianza de la reina por el respeto que le merecian sus opiniones, y por el ardiente interés que mostraba por la casa de Austria. Esta confianza se aumentó cuando María Teresa supo que Bartenstein habia hecho fracasar su matrimonio con el infante don Carlos, matrimonio tan deseado por Einzendorf; que habia contribuido tambien poderosamente á asociar al trono á su esposa y al casamiento de su hermana con Carlos de Lorena, y en una palabra, que habia tomado gran empeño en cuanto se refería á la unidad y al robustecimiento de la casa de Austria. Desde 1740 hasta 1753 dirigió, casi por sí solo, los negocios extranjeros. En realidad, al decir de Kaunitz, procedía solo y sin cuidado, á su voluntad: nadie le hacia oposicion mas que los dos condes de Harrach. En 1748, adoptó la nueva política y en 1750 prevaleció su opinion en el asunto de las Barreras. María Teresa le consideraba indispensable. Era, sin embargo, mas jurisconsulto que hombre de Estado y miraba mas hácia atrás que hácia adelante; y sus discursos y escritos eran prolivos y confusos. Khevenhüller escribía en 1752: «Este hombre hábil, pero obstinado y aferrado á su opinion, se ha hecho tan odioso en todas las cortes, que todos repugnan tratar con él.» Cuan-

do en 1733 María Teresa llamó á Kaunitz al ministerio, cayó Bartenstein, y fué nombrado vice-canciller del Directorio; la reina sin embargo siguió acudiendo con frecuencia á sus consejos, especialmente en lo que se refería á la educacion é instruccion del heredero de la corona. Bartenstein escribió para este, como hemos dicho, una serie de manuales sobre la historia y la política austriacas que nunca fueron impresos, y que además eran pesados y no servian para enseñar: por esto, José II no aprendió ni política ni historia.

Despues de la muerte de Einzendorf, designóse, en los círculos de Viena, para el cargo de canciller de Estado al

conde Federico Harrach, hombre dotado de gran talento, superior á todos los demás ministros y jefe de la nobleza austriaca. Siendo jóven habia ya representado al Austria en varias cortes; fué por algun tiempo plenipotenciario en los Países Bajos; luego canciller mayor en Bohemia, y mariscal de los Estados de la Baja Austria. Mostróse por demás dispuesto á mantener la alianza austro-inglesa y á rejuvenecer, en el interior, la Constitucion de los Estados; pero esto le hizo perder el favor de la emperatriz. Abandonó, pues, su cargo y falleció al poco tiempo, en 1749.

El hombre mas á propósito para seguir la nueva política,



El conde Mauricio Lacy. Copia de un grabado hecho en 1770 por J. E. Mansfeld y sacado de un cuadro pintado por Kollomitsch.

era el conde, y despues, príncipe Venceslao Anton de Kaunitz (1711-1794), ministro que por sus conocimientos y actividad solo puede ser comparado con Richelieu y Meternich. Por espacio de cerca de cuarenta años, dirigió la política exterior del Austria y sus consejos y proyectos eran decisivos en política y en administracion así como en asuntos artísticos y económicos. Descendía de la línea menor de los Kaunitz de Moravia hoy extinguida: los Kaunitz eran condes desde el año 1642 y desde 1683 condes del Imperio. Su fideicomiso, cuyo centro era Austerlitz, en Moravia, fué fundado en 1704. El canciller de Estado fué el primero que añadió á su familia los nombres de Richberg y Questenberg. Como hijo menor, fué destinado al sacerdocio, recibiendo á los trece

años un canonicato; pero muertos sus dos hermanos mayores, estudió derecho en Viena, Leipzig y Leyden; fué nombrado en 1739 consejero áulico del reino, y en el propio año comisario del Imperio en la Dieta de Regensburg. Desde 1740 á 1742 fué embajador en distintas cortes de Italia. Cuando la gran duquesa María Ana fué á Bruselas, llevóse de gran maestro y ministro plenipotenciario á Kaunitz, que no aceptaba gustoso los destinos cortesanos. Durante la enfermedad de la gran duquesa, mandó á llamar al célebre profesor Van Swieten, de Leyden. Kaunitz previó entonces (1744) la ocupacion francesa, pero permaneció en Bruselas durante el sitio, firmó la capitulacion y tomó en 1746 su licencia «con gran placer,» segun él mismo escribió. En-